

Giron sobre la armada inglesa cerca de Cádiz, el triunfo de Nordlinghen, la famosa batalla de Fleurus, y otros sucesos célebres de las guerras de su tiempo, quedaron trasmitidos á la posteridad por los delicados y expresivos pinceles de los insignes artistas Leonardo, Carducci, Velazquez, Rubens y Van-Dyk.

Con delicia y encanto se verán y contemplarán siempre los retratos y cuadros religiosos y místicos de Zurbarán, los severos é imponentes del Españolito, las suavísimas vírgenes de Murillo, las hermosas flores de Arellano y Vender Hammen, y las obras maestras de Alonso Cano, pintor, arquitecto y escultor, lumbreras artísticas de aquel reinado, junto con otros que figuran con honra al lado de estos preclaros genios, y de cuyas producciones inmortales están llenos nuestros museos y los palacios de nuestros reyes, como los palacios y los museos de otros monarcas y de otras naciones. Fué pues aquel el siglo de oro de la pintura, como lo fué de la literatura el de Felipe II.

Pero destinado estaba por desgracia el arte á decaer pronto, como las letras, como las armas, como los buenos capitanes, como todo lo que constituye la gloria de un estado. Síntomas

de ello se veían ya en los últimos años de Felipe. Pocos años antes de su muerte y de la de Murillo, en 1660, los artistas de Sevilla que sobrevivieron á aquellos esclarecidos ingenios se reunieron para fundar una academia de pintura y dibujo, y con prestarse á suministrar gratuitamente todos los objetos y útiles necesarios para el ejercicio y cultivo del arte, á los veinte años dejó de existir la escuela por falta de alumnos y de profesores.

Sucedió también á la música lo que había acontecido á la literatura. La gravedad, la melodía y el buen gusto que distinguía la música de nuestros templos, en los cuales se había como encerrado el arte, fué reemplazada después de la segunda mitad del siglo XVII por las sutilezas del contrapunto, las notas como las letras fueron asaltadas por los cultistas y conceptistas, la afectación y los juegos difíciles sustituyeron á la armonización sencilla, y las mismas causas y defectos que produjeron la decadencia de las buenas letras, corrompieron también el buen gusto de la música.

Así se preparó y verificó, por una consecuencia casi natural de su común destino, la decadencia de las letras y de las artes, que habían llegado á su apogeo en este reinado.

LIBRO QUINTO

REINADO DE CARLOS II

CAPÍTULO PRIMERO

Proclamación de Carlos.—Paz de Aquisgran

DE 1665 Á 1668

Carácter de la reina doña Mariana.—Elevación de su confesor.—Disgusto público.—Primeras disidencias entre don Juan de Austria y el padre Nithard.—La guerra con Portugal.—Malhadada situación de aquella corte y de aquel reino.—Negociaciones de paz.—Parte que en ellas toman la Inglaterra y la Francia.—Paz entre Portugal y España.—Escándalos en la corte de Lisboa.—Destronamiento de Alfonso VI y regencia de su hermano don Pedro.—Guerra de Flandes movida por Luis XIV.—Rápidas conquistas del francés.—Triple alianza de Inglaterra, Holanda y Suecia para detener sus progresos.—Condiciones de paz inadmisibles para España.—Apodérase el francés del Franco-Condado.—Preparativos de España para aquella guerra.—Congreso de plenipotenciarios para tratar de la paz.—Paz de Aquisgran.

Cuando mas necesitaba la monarquía española de una cabeza experimentada y firme y de un brazo robusto y vigoroso, si había de irse recobrando del abatimiento en que la dejaron á la muerte del cuarto Felipe tantas pérdidas y quebrantamientos como había sufrido, entonces quiso la fatalidad que cayera en las manos inexpertas y débiles de un niño de poco mas de cuatro años, de constitución física además endeble, miserable y pobre.

Mucho habría podido suplir la incapacidad del tierno príncipe el talento de la reina madre, tutora del rey y regente del reino. Pero desgraciadamente era doña Mariana de Austria mas caprichosa y terca que discreta y prudente, mas ambiciosa de mando que hábil para el gobierno, mas orgullosa que dócil á los consejos de personas sabias; y lo que era peor, mas amante de los austriacos que de los españoles, mas afectá á la corte de Viena que á la de Madrid, y para quien era poco ó nada la España, todo ó casi todo su antigua casa y familia. Su primer anhelo fué dar entrada en el consejo de regencia designado en el testamento de Felipe IV á su confesor y consultor favorito el padre Juan Everardo Nithard, jesuita alemán que la reina había traído consigo, y muy parecido á ella en el carácter y las condiciones personales. Favoreció á su propósito la vacante que á las pocas horas de la muerte del rey quedó en el consejo por fallecimiento del cardenal Sandoval, arzobispo de Toledo, para cuya dignidad fué nombrado el in-

quisidor general don Pascual de Aragon. La reina llamó á este último, y empleando toda la maña y astucia que para estas cosas poseía, y á fuerza de súplicas é instancias consiguió que renunciara el elevado cargo de inquisidor general, que confirió inmediatamente y sin consultar con nadie á su confesor, dándole así cabida en el consejo.

Gran disgusto y general murmuración produjo el nombramiento del P. Nithard, ya por caer en persona que el pueblo aborrecía, ya porque en ello se violaban las leyes del reino, que no permitían dar á extranjeros este eminente cargo, ya porque era pública voz haber sido luterano hasta los catorce años. Y aunque la reina hizo que se le otorgara carta de naturalización, y hablando á todos y á cada uno logró calmar al pronto la tempestad que contra el favorito se levantaba, quedábanle sin embargo muchos enemigos secretos, que no podían llevar en paciencia la extensa autoridad que ejercía y la preferencia que en las consultas le daba la reina sobre los demás ministros y consejeros.

Entre los enemigos del nuevo inquisidor general, y que mas murmuraban y combatían su elevación como escandalosa, descollaba el hermano bastardo del rey, don Juan de Austria, que se hallaba ya harto resentido de la reina, porque la culpaba, no sin alguna razón, así de haber sido la causa de sus últimas derrotas, como de haberle hecho caer del cariño y amor de su padre.

Cuanto mas que creyéndose don Juan en su orgullo el único capaz de salvar la monarquía, no podía sufrir que á un extranjero de tan mediana capacidad como el confesor se le hubiera encumbrado al mas alto puesto del Estado. Y como supiese que la reina y el P. Nithard pensaban mandarle salir de la corte, anticipóse al mandamiento, retirándose lleno de indignación á la villa de Consuegra, residencia ordinaria de los grandes priores de Castilla, cuya dignidad poseía don Juan, y donde ya antes había estado, menos por su gusto que por voluntad y arte de la reina. No dejó esta de recelar, y no se equivocaba mucho, que iba con el pensamiento de conspirar mejor desde allí contra ella y contra su privado (1).

(1) Proclamación de Carlos II en Madrid: MS. de la Biblioteca Nacional.—Epítome histórico de todo lo ocurrido desde la muerte de Felipe IV hasta la de don Juan de Austria: MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia: Est. 25, Grad. 5, c. III.—Papeles y noticias de la menor edad de Carlos II: MS. de la Biblioteca Nacional.



DOÑA MARIANA DE AUSTRIA